



SOCIEDAD ECONÓMICA BASCONGADA

La Exposición de Fotografía, Cerámica y Miniaturas ¹

1900

(A D. PEDRO M. DE SORALUCE, PERITÍSIMO ARQUEÓLOGO)

Miniaturas

La Sociedad Económica Bascongada de Amigos del País, poco há reconstituida en San Sebastián después de un largo lapso de tiempo, está dando prueba del empeño é interés con que mira todo aquello que tiende al progreso del arte en sus diversas manifestaciones. El año pasado abrió una Exposición de Historia y de Arte Retrospectivo, notabilísima bajo todos conceptos; en el actual, no ha querido ser menos y en el Palacio de Bellas Artes hállase expuesta una notable colección de fotografías, cerámica y miniaturas. En esto no hace la Sociedad Económica otra cosa que seguir su tradición.

La tertulia de Azcoitia, de donde tuvieron su origen las demás

(1) Después de escrito este artículo, hemos leído la decisión del Jurado. Creemos que, á fuer de imparciales, no debemos modificar nuestro criterio en un punto.

Sociedades de esta índole en España, tuvo siempre por norte y guía el desarrollo y florecimiento de las ciencias y artes. Ciertamente que, alguna vez, variando de rumbo y olvidando los fines de su institución, se dejó inficionar de las ideas del enciclopedismo, entonces tan en boga, y aun se dió á propagarlas, pero en ésta, como en otras materias, no debemos cerrarnos á la banda y ser de criterio tan estrecho, que nada de bueno y provechoso hayamos de ver en ellas. Hago aquí esta observación con el objeto de destruir las afirmaciones de aquellos que, guiados por el espíritu de partido y de una sistemática oposición, tiran á degüello cuando se controvierte este punto.

Desde mi primera visita á la Exposición hubo de llamar mi atención la sección de miniaturas. Más tarde he llegado á conocer que otras muchas personas abundan en el mismo parecer. No quiere decir esto, que las demás instalaciones carezcan de interés é importancia; lo que ocurre es, que ante la admirable colección de miniaturas, todo lo demás parece pequeño. Al lado de las soberbias pirámides de Egipto, el monumento arquitectónico de más esbeltez y mayores proporciones resulta insignificante; pero una vez que se le aisle y se le contemple en este aislamiento, entonces es cuando nuestra inteligencia forma cabal idea de su grandiosidad.

Admira desde luego, en esta Exposición, el prodigioso número de miniaturas que se han presentado, y que dada la prisa y premura con que se han hecho los trabajos preliminares, habla muy alto en favor de sus organizadores. *Índice* en mano (y que dicho sea de paso, su autor Sr. Soraluze ha sido demasiado modesto en llamarle así, cuando aún el de *Catálogo razonado* le vendría estrecho), nos dirigimos á examinar las diversas instalaciones, empezando por la tantas veces repetida de miniaturas. Pero antes hagamos un poco de historia, que creo no ha de sentar tan mal en este lugar.

Esta clase de trabajos al *minio* tan en boga en otros tiempos, como que fué el procedimiento más común empleado por los iluminadores de la Edad Media, para trazar en los manuscritos los encabezamientos de los capítulos, después, á medida que el progreso y adelantamiento trajo el descubrimiento de la imprenta en el siglo XVI, perdió mucho en importancia, ante la imposibilidad de iluminar tantísimo documento, como desde esta fecha memorable, aparecía. Concretándonos más á nuestro objeto, esto es, á lo que propiamente se llama *miniaturas* que es la pintura sobre marfil, vitela ú otra cualquiera

superficie sutil y delicada, con colores desleídos en agua de goma, también tuvo que luchar con un nuevo enemigo que le hizo frente. Fué éste la *fotografía*. Así que, según iban progresando las artes y con ellas la rapidez en la ejecución, los trabajos de miniatura hubieron de sentir la influencia de los procedimientos modernos que vinieron á disputarle su dominio. No diremos de quién ha sido la victoria en este pugilato. Si bien se mira habrá podido la fotografía usurpar su puesto á la miniatura por la economía y por la facilidad de su procedimiento, gloria de nuestros días; pero mirado bajo el punto de vista artístico, no cabe discutir á quién corresponde lugar más señalado. Resueltamente se decide por la miniatura, sin que por esto se rebaje en un punto el valor de la fotografía.

Por las razones apuntadas, vemos que en los organizadores de la actual Exposición ha prevalecido el buen gusto, (del que tan menguados andamos), y más que todo un criterio eminentemente artístico, al representar en ella la colección gradual y sucesiva del arte que nos ocupa. Dióse á conocer el año pasado el primer momento de su aparición, en la preciosa documentación iluminada que se exhibió; en el que corre al lado de las pinturas al *minio* se encuentra la fotografía, su rival. Frente á frente el uno del otro, en tanto que el uno hace gala de la delicadeza en la ejecución y de lo esmerado de su trabajo, reclamando para sí la perpetuidad, el otro confórmase con menos; sólo aspira á una vida corta, remedando en esto á la manera de ser de nuestros días en que todo parece vivir al vapor. De lo dicho se comprenderá que no es la actual Exposición una manifestación del arte moderno en su más estricto sentido; representa mejor el proceso seguido por él desde sus comienzos hasta los tiempos presentes. Sin perjuicio de ocuparme en otra ocasión de la fotografía y aun de la cerámica que también se expone, sólo me detendré en este artículo á examinar la rica sección de miniaturas.

Según se entra en la Exposición, tropiézase desde luego con la instalación de D. Luis Gómez de Arteche, de Madrid. Dejando á un lado la variada colección de azulejos y demás objetos de barro que presenta, sorprende una miniatura en marfil, imitación relieve, con cerco de oro, y que según reza el *Índice* representa el interior de un templo cerca de Aga, en el Indostán, pintada por el célebre miniaturista Ismael Khau, de Delhi. Todo está perfectamente hecho, y, sobre todo, asombra la riqueza de detalle del conjunto. No tiene un trazo más

largo que otro; los colores están admirablemente combinados, denunciando al propio tiempo un gusto bien formado en la arquitectura. Paciencia benedictina (é india pudiéramos añadir en el presente caso) se necesita para hacer una labor tan fina y delicada. ¡Cuántos y cuántos habrán pasado por frente á esta miniatura y no habrán parado mientes en ella! Porque ocurre con esta clase de trabajos lo que con la mayor parte de las obras de arte, que juzgadas de primera impresión y muy á lo superficial, ó no se las encuentra el mérito que realmente tienen ó se equivoca el juicio que de ellas hagamos. Y que así juzga una inmensa mayoría de la humanidad no cabe poner en duda. Para terminar. Es una de las *buenas, escogidas* miniaturas que se exponen. Adviértase que no lo digo por el marco que lleva que aunque de oro y muy subidos quilates no dá lugar á decir lo que ya es un axioma *que el marco es mejor*.

Encima de esta instalación hay otra miniatura de gusto Imperio que representa á Isabel II. Es iluminación moderna y está bien hecha. Al lado izquierdo se exhiben por la señora viuda de Soraluze dos cuadros, pintura sobre cristal, representando el uno, la *Vera Faz*, y la *Dolorosa con el cuerpo sagrado de Jesús*, el otro. La obra es del siglo XVIII, y es trabajo hecho á conciencia y de mérito artístico innegable. Es una lástima que se encuentren en tan mediano estado, pues esto impide el que se puedan apreciar en su justo valor los primores de la ejecución y entonación, que vienen á ser como el toque de atención en este género de obras. No necesitamos recordar á sus poseedores que los conserven con todo el cuidado que se merecen á fin de que no sufran ulteriores deterioros y se pierdan por completo, sabiendo que entre los individuos de la familia se cuenta á persona tan entendida é ilustrada en esta materia, como lo es D. Pedro M. de Soraluze.

En otro lugar del salón expone la misma señora, entre varios daguerreotipos, de mérito muy señalado, una miniatura sobre marfil, hecha en Bayona. Es un retrado de señorita, representación conocida.¹ La incluimos entre las buenas.

Pasemos adelante. Son las miniaturas del señor Barón de Monte Villena, de Madrid, que se hallan encerradas en un marco peluche. Representan la Conquista y el tiempo, gusto Imperio. Hay otras dos miniaturas de fines del siglo XVIII, retrato de la desgraciada Reina

(1) Doña Josefá Bolla, viuda del historiador D. Nicolás de Soraluze.

María Antonieta y de la Princesa de Laniballe. Están pintadas algunas, no todas, con mucho gusto y delicadeza y nada más acabado puede pedirse en los retratos en punto á expresión. Llegamos á la vitrina donde el señor Marqués de Seoane exhibe las suyas. Es preciso que nos detengamos ante ella; así lo pide la grandiosa instalación que ostenta. Hay en ella diez y ocho miniaturas de distintos tamaños, llamando sobremanera la atención la del centro. Son en su mayor parte retratos de familia y es preciosísima la miniatura de Ferrer.¹ Creo, (sin que mi parecer pese poco ni mucho en la balanza de la opinión), que este trabajo es de los que más valen. Todo en él está admirablemente hecho, sin que se note la más ligera imperfección. También D. Joaquín Minondo presenta cosas muy buenas. En los extremos de la vitrina del Marqués de Seoane hay dos jarrones de honor, regalo de Napoleón I, que representan la campaña de Italia y Austerlitz. Un pequeño descuido en su colocación ha hecho que las fechas que llevan no correspondan á los hechos que representan las miniaturas de sus caras. El trabajo de éstas, no obstante la multitud de figuras que contiene y lo difícil que es hacer una bien ordenada combinación sin olvidar los detalles del conjunto, realza y da elegancia y tono á los preciosos jarrones. Hay también dentro de la misma vitrina y en su centro un abanico de fines del siglo pasado (época Luis XVI) cuyo varillaje está recargado de miniaturas que son verdaderos retratos. El conjunto representa la glorificación de las Bellas Artes, sobresaliendo en el cuerpo del abanico dos bustos de la época antes citada. A los pocos pasos nos hallamos *vis á vis* con un precioso tríptico doble sobre plata de los señores de Méndez Vigo. Por haber llegado tarde no ha podido exhibirse en el sitio de honor de la Exposición, lo que no deja de ser una lástima. Pertenece á la escuela sevillana del siglo XVII y mucho será que no sea obra del mismo Murillo. No puede darse nada mejor en punto á concepto, expresión y ejecución, que la pintura que representa á la insigne reformadora del Carmelo, Santa Teresa de Jesús. Hay en este trabajo todo el misticismo y santidad de las tablas bizantinas y la corrección del pincel del Renacimiento. Bien es cierto que, en rigor, no puede incluirse este tríptico en la sección de miniaturas, pero dado su excepcional mérito y valor, hemos creído conveniente decir algo de él.

(1) D. Joaquín María de Ferrer, Ministro de Estado, Presidente del Consejo de Ministros, etc. Preciosa miniatura ejecutada en París, en 1827, por el insigne Agustín.

Perteneció al infante D. Sebastián, que es fama tenía una colección escogidísima de pinturas.

El Sr. D. Javier Resines, de San Sebastián, ha hecho instalación elegantísima. La mayor parte de los objetos que presenta son de gusto moderno. Dejaremos de ocuparnos de ellos para hablar de las miniaturas. Sobresalen dos bomboneras, porcelana Sévrès, azul la una y color rosa la otra, ornamentación plata con miniaturas. Por lo que revela el trabajo, pudieran ser antiguas, si bien no nos atrevemos á afirmarlo. Las incrustaciones de plata que á modo de nervios se extienden por toda la extensión de las bomboneras, contribuyen á dar mayor esbeltez y elegancia. Las miniaturas hacen *pendant* con el resto de la ornamentación. Aparte de estos objetos, presenta también otras tres miniaturas, relativamente modernas, representando á la Princesa de Lamballe, Mad. Soplju y Mad. Elisabeth. Siguen á estos en orden de colocación los objetos de la propiedad de los señores Condes de Lersundi, de San Sebastián. Dignas de que aquí les asignemos lugar señalado son dos cornucopias Sajonia, aunque advirtiendo que mejor merecen incluirlas en la sección de cerámica. El retrato de S. M. la Reina Isabel II en miniatura que también exhiben es cosa buena. La fecha de su ejecución data de mediados del presente siglo.

Sobresaliendo de todos los demás objetos por su elegancia y grandiosidad, se encuentran dos hermosísimos jarrones de honor Sévrès, color lapiz-lazuli, ornamentación de oro, con dos miniaturas que representan al Emperador Napoleón III y la Emperatriz Eugenia. Pertenecen al Excmo. Ayuntamiento de San Sebastián. Tienen estos jarrones su parte de historia, que la voy á consignar aquí, aun á riesgo de molestar á mis lectores. Sabido de todos es la predilección y simpatía que SS. MM. Imperiales sentían por el pueblo donostiarra, manifestada en las diferentes ocasiones que se hospedaron en él. Queriendo los monarcas agradecer á sus moradores la buena acogida que de parte de los mismos recibían en sus frecuentes visitas, S. M. el Emperador ofreció al Ayuntamiento regalar dos jarrones de honor, que habían de destinarse á la Casa Consistorial. Al poco tiempo de esta promesa recibióse uno de los jarrones sin que se tuviera noticia del segundo. Cuando el verano siguiente visitó el Emperador la Casa de Ayuntamiento, fuéle presentado con orgullo el jarrón que había sido enviado por orden suya. Sorprendióse aquél de que no le presentaran más que uno, siendo así que había mandado hacer un juego. Preguntó enton-

ces qué había sido del otro. Le respondieron que no llegó sino aquel que tenía á su vista y que el otro *se habría perdido*. (?) Extrañóse S. M. de lo ocurrido y mandó hacer otro jarrón igual al anterior. Cumplióse su encargo y al poco tiempo el Ayuntamiento de San Sebastián poseía el juego de jarrones que tanto llama la atención. No se crea que la relación anterior es del todo ajena á esta crónica. Habrán observado algunos, que aunque se procuró que el segundo jarrón fuese idéntico al primero, no obstante resultó con alguna pequeña diferencia. El que esta colocado á la derecha y que representa á la Emperatriz, tiene su boca y garganta algo más estrechas que el otro que está puesto á la izquierda y aun difiere algo en el color y entonación, que es algo más subido y vivo como resultado de la cocción. Acerca de su mérito, ya he dicho, que son los objetos que más llaman la atención de los visitantes á la Exposición. S. M. la Reina Regente en su reciente visita concretó su juicio diciendo *que no cabía elogiarlos*.

La vitrina en donde está colocada la instalación de D. Joaquín Ferrer-Florez, de Madrid, es también examinada con detenimiento. Hay en ella objetos de cerámica muy buenos, y de miniaturas existe asimismo una buena colección. Una de ellas representa al oficial de la armada D. Manuel Fernández Florez, que sobrevivió al desastroso combate entre los buques españoles *Real Carlos* y *San Hermenegildo*, y que vino á la Corte con la misiva de comunicar al Rey Carlos IV la noticia de la hecatombe. Tiene, pues, el valor histórico que se deriva de aquel hecho. El otro retrato es de D. Juan Florez, hijo del anterior, é ilustre hijo de Galicia. De las otras cuatro miniaturas que se exhiben en la misma vitrina, una es obra del famoso Carnicero y basta conocer esta circunstancia para deducir el valor que tendrá. Para no alargar demasiado esta relación, haremos mención de dos preciosos relicarios con miniaturas y piedras (siglo XVIII), y sobre todo de dos relojes de esmaltes y piedras, que son una preciosidad en su género. En otro lugar de la Exposición, casi frente á frente á la instalación anterior, expone también el mismo Sr. Ferrer Florez doce pinturas sobre cristal del siglo XVIII. A mi modo de ver, de toda la colección, la pintura que más vale es una que representa un cuadro mitológico que muy bien pudiera significar la educación de Baco.

Quienes hacen una verdadera ostentación en materia de miniaturas son los señores Condes de Caudilla, de San Sebastián. Presentan todo un facistol con sus cuatro caras repletas de miniaturas. Hay all

de todo, siendo los más notables, una religiosa (del siglo XVII) y otra señora, (no pudimos saber á quién representaría), trabajo este de la época de fines del XVIII. Esta miniatura lleva el peinado del tiempo y está colocada en la parte superior del artefacto. Es realmente preciosa y nada le falta para que sea clasificada entre las mejores de la Exposición. Aunque mi pobre juicio paco pueda valer, no quiero, sin embargo, dejar de consignar que no andará muy lejos de obtener una recompensa digna del trabajo. Más tarde he sabido que éste mismo fué el concepto que formó el célebre escultor Mr. Paillez, de París. La que representa á Isabel II á los ocho años de edad, tiene el defecto de la desproporción del cuerpo. La cara está bien hecha, pero deslúcela el reparo que hemos apuntado. En las restantes que completan la numerosísima colección, hay de los siglos XVII, XVIII y XIX. Debemos hacer igualmente mención de un menier y una bombonera con miniaturas. En otro lugar del salón se encuentra un retrato de Alfonso XII, con uniforme de infantería. Le representa de unos tres años y es una miniatura curiosa por su carácter histórico.

No nos detenemos á hablar de lo que presentan los señores de Galán, por pertenecer á la sección de cerámica. Sólo haremos notar que el elefante que está dentro de la vitrina, tiene una ornamentación de mucho mérito. Es japonés auténtico. D. Antonio Giménez, de San Sebastián, secretario del Gobierno civil, exhibe una botonadura de oro con miniaturas en esmalte (Suiza). Ningún objeto de los presentados merece mejor el nombre de miniatura que esta botonadura, á fijarnos en lo diminuto del trabajo. No quiere decir esto que la palabra miniatura tenga ese significado; sólo nos fijamos en la analogía de la palabra, al interpretarla en el sentido anterior. Repetimos que valen mucho y son dignos del renombre que tienen.

El Sr. D. Canuto Pradera, Teniente de Alcalde de San Sebastián, ha llevado una miniatura que representa al ilustre hijo de Azcoitia, eximio bascófilo D. José Francisco Aizquibel, pintado en Roma en 1825, siendo allí secretario del Excmo. Sr. Duque de Granada de Ega. Representale joven como de unos veinte y cinco á treinta años y ha sido el primer objeto que se ha presentado á la Exposición. Tiene para los bascongados un valor meritísimo por ser una de las figuras más indiscutibles de este solar, y aun bajo el punto de vista del arte, no puede menos de reconocerse que es un retrato, bien hecho. De entre las varias que ha exhibido D. Leonardo Moyua, merece consignarse

una, retrato de señora, principios del siglo, cuyo dibujo está admirablemente trazado. De los señores Condes de Torre-Muzquiz, debemos señalar una miniatura, cuya cara lozana representa la de un bascongado. Según reza el Catálogo es el retrato del patricio guipuzcoano don Esteban Recalde. Tiene rasgos bastante buenos en su ejecución y en cuanto á su expresión, ya lo hemos dicho, que no puede encubrir su procedencia ú origen bascongado. Se halla encerrado en un magnífico marco dorado. El otro retrato, también miniatura, que representa al Excmo. é lltmo. Sr. D. Pedro de Barroeta, Arzobispo de Lima, ascendiente como el anterior del expositor, es regular. En elegantísima vitrina también exhibe un servicio de café, estilo griego y una tabaquera preciosa con esmaltes y flores de lis. Este detalle nos hace creer que pertenecería algún día á los reyes ó sería regalado por ellos. Tal vez lo sea de la familia de Borbón.

La señora Duquesa de Noblejas, de Madrid, una miniatura del Excmo Sr. Duque de Noblejas, Mariscal de Casilla en tiempo de Fernando VII. Es buena y huelgan los comentarios. D. Félix Agreda, también de San Sebastián, un salero de cristal (Luis XV), con una delicada miniatura. El adjetivo que la aplicamos es bastante á calificar su valor. D. Víctor Samaniego, una de la Reina María Antonieta, hecha por Pradó, y de valor solo regular. El señor de Baroja (D. Joaquín M.), dos de una persona, que la representan en distintas épocas. Lleva la una la firma de Astigarraga, y la otra, de Rousseau (1825); son, á lo que parece, retratos de familia, y sin ser una excepción, están trabajadas con empeño.

D.^a Juana Jonneau, de Nantes, una sobre marfil, retrato de la Emperatriz de Francia María Luisa, esposa de Napoleón I. Del tiempo del primer Imperio dicen es, y aunque parece antigua, opinamos que es moderna. De todos modos es un retrato bien hecho, precioso.

En la adición al Catálogo se halla incluida una miniatura, obra del insigne Goya, en París, año de 1827, que representa á D. Domingo Instauder, Mayordomo del célebre patricio guipuzcoano, D. Joaquín M.^a Ferrer, Presidente del Consejo de Ministros, etc., etc. Se ven en este trabajo las condiciones del artista, y á primera vista se descubren sus talentos y también sus defectos. Esta obra la hizo á los 87 años. Apuntado queda que como obra de tan insigne artista tiene un mérito indiscutible. Es propiedad de doña Rosa Instauder, de San Sebastián. Asimismo en el complemento del *Indice* aparecen descritas va-

rias miniaturas que ha llevado á la Exposición D. Juan Insausti. Una de ellas está hecha en los Estados-Unidos y ha perdido bastante de color como efecto de haberse limpiado. Con esto ha desmerecido el trabajo y bueno fuera que un artista entendido la retocase, pues que merece la pena.

Terminaremos estos apuntes incluyendo en ellos la miniatura que exhibe la Sociedad Económica Bascongada, retrato de la tantas veces citada Reina María Antonieta, pintada en Paris por Daniel Fardu. Me atengo á lo que dice el Catálogo en cuanto á su mérito. Dice así: «El mérito principal de esta miniatura consiste en que fué ejecutada en 1793, el mismo año en que guillotinaron en Paris á dicha reina francesa».

De la breve reseña que acabamos de hacer, se desprende la importancia que ha tenido la sección de que nos ocupamos en las anteriores líneas. Mucho más pudiéramos haber dicho; pero hemos preferido ceñirnos á la materia y decir la verdad desnuda, sin rodeos ni pretensiones de erudición, convencidos de que en ello ganará no poco la verdad. Es costumbre entre los escritores que de estas cosas se ponen á escribir, ilustrar con datos tomados de la historia, dándose aires de entender de todo. Nosotros pudiéramos haberlo hecho si el presente trabajo, en lo poco que vale, no se hubiera extendido tanto, pues que el asunto lo estaba pidiendo; porque ¿quién recuerda á María Antonieta, cuyos retratos se exhiben en tanto número, sin que al punto surja en nuestra mente la memoria de la Francia desgraciada de sus tiempos? ¿Quién á los Napoleones, sin que se nos ofrezcan como en imágenes las jornadas y sublimes epopeyas de aquellos Emperadores, y bajo sus imperios á la nación francesa, soberbia primero y después rodando al abismo, empujada por sus propios errores y vicios? Y pasando la revista de nación en nación, pudiéramos hallar en la presente Exposición motivos para un estudio completo de los distintos Estados de Europa, y más que todo, de Francia, que dada su proximidad ha importado más obras de este género en nuestras provincias.

Nosotros hemos parado mientes en lo que representan bajo el punto de vista del arte y ya antes hemos dicho que en ese concepto todo elogio es pequeño.

IGNACIO BELÁUSTEGUI, *Pbro.*

